

HENRY RIDER HAGGARD

Ella.
Una historia de aventuras



EDICIONES OBELISCO

Si este libro le ha interesado y desea que le mantengamos informado de nuestras publicaciones, escríbanos indicándonos qué temas son de su interés (Astrología, Autoayuda, Psicología, Artes Marciales, Naturismo, Espiritualidad, Tradición...) y gustosamente le complaceremos.

Puede consultar nuestro catálogo en www.edicionesobelisco.com

Colección Narrativa

ELLA. UNA HISTORIA DE AVENTURAS

Henry Rider Haggard

1.^a edición: marzo de 2025

Título original: *She*.

Traducción: *M. E. Antonioni*

Corrección: *Sara Moreno*

Diseño de cubierta: *Carol Briceño*

© 2025, Ediciones Obelisco, S.L.

(Reservados los derechos para la presente edición)

Edita: Ediciones Obelisco, S.L.

Collita, 23-25. Pol. Ind. Molí de la Bastida

08191 Rubí - Barcelona - España

Tel. 93 309 85 25

E-mail: info@edicionesobelisco.com

ISBN: 978-84-1172-202-5

DL B 20410-2024

Printed in India

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Introducción	9
1. Recibo una visita	17
2. Pasa el tiempo.....	27
3. El tiesto de Amenartas	33
4. La borrasca	49
5. La cabeza del etíope.....	61
6. Una antigua ceremonia cristiana	73
7. El canto de Ustane.....	87
8. El festín	99
9. Un piececito	109
10. Especulaciones.....	117
11. La llanura de Kor.....	127
12. Ella.....	137
13. Ayesha se descubre.....	147
14. Alma atormentada.....	161
15. La justicia de Hiya.....	167
16. Las tumbas de Kor.....	175
17. La balanza se inclina	181
18. ¡Vete!	191
19. «¡Quiero un macho cabrío!»	201
20. El triunfo.....	209
21. El vivo y el muerto	217

22. Presentimiento de Job.....	225
23. El templo de la Verdad	233
24. ¡Sobre el abismo!.....	239
25. El Espíritu de la Vida.....	245
26. Lo que vimos.....	255
27. Un salto.....	267
28. Sobre la montaña.....	277

Introducción

Al publicar esta narración, que, aun si fuera considerada como una mera novela, contiene las más misteriosas y extraordinarias aventuras vividas por seres mortales, me siento en la obligación de explicar cuál es mi verdadera relación con ella. Debo aclarar de inmediato que no soy el autor, sino el editor de esta historia tan singular, y ahora procedo a relatar cómo llegó a mis manos.

Hace algunos años, mientras me encontraba alojado en la casa de un hermano, en una de las universidades de Inglaterra, que por el propósito de este relato llamaremos Cambridge, ocurrió el siguiente suceso. Un día, caminando por las calles, me llamó la atención la figura de dos caballeros que vi pasar del brazo.

Uno de ellos, indudablemente el más joven, era un hombre alto y de anchos hombros, cuya apariencia robusta me evocaba la gracia natural de un ciervo montés. Además, su rostro era impecable: tan bello como bondadoso. Al descubrirse para saludar a una señora que pasaba, observé que sus cabellos rubios y ensortijados se ceñían apretadamente sobre su cabeza.

—¡Por Dios! —exclamé—. Ese joven parece una estatua viviente de Apolo... ¡Qué hombre tan hermoso!

—Tienes razón —me contestó mi hermano, que caminaba conmigo—. Es el hombre más apuesto de la universidad, y tam-

bién uno de los más amables. Le llaman «el Dios Griego». Pero fíjate en el otro: es el tutor de Vincey, así se llama el joven. Le han apodado Caronte, y tiene fama de ser una persona muy instruida.

Efectivamente, el otro caballero, de más edad, resultaba tan interesante a su manera como el espléndido joven a quien acompañaba. Calculé que tendría unos cuarenta años y era tan feo como el otro era hermoso. Su estatura era más bien baja, con las piernas un poco arqueadas, el pecho hundido, y sus brazos parecían desproporcionadamente largos. Sus ojos eran pequeños, su cabello negro crecía muy bajo sobre la frente, y, como las espesas patillas que llevaba se unían al cabello, apenas dejaban visible parte de sus facciones. Al verlo, me recordó a un gorila. Sin embargo, su mirada me pareció tan agradable y llena de inteligencia que, de inmediato, le confesé a mi hermano mi deseo de conocer a aquel hombre.

—Nada más fácil —me respondió—; conozco a Vincey y te lo presentaré.

Así lo hizo, y luego pasamos un rato conversando con ellos. En ese entonces, yo acababa de regresar del cabo de Buena Esperanza, por lo que nuestra conversación giró en torno a los zulús. Mientras hablábamos, se acercaron a nosotros una señora de complexión gruesa y una linda jovencita rubia, que al parecer eran muy conocidas del señor Vincey. Éste, sin más, se despidió de nosotros y se marchó acompañándolas. Recuerdo también que me hizo sonreír el cambio de expresión que noté en el caballero de más edad, cuyo nombre supe después que era Holly, cuando se percató de la proximidad de las damas.

De inmediato dejó de hablar, lanzó una mirada de reproche a su joven compañero, y tras inclinarse brevemente hacia nosotros, nos dio la espalda y cruzó la calle solo. Más tarde me informaron que el señor Holly era conocido por su terror al bello sexo, tan grande como el miedo que la mayoría de las personas

tienen a los perros rabiosos. Esto explicaba la rapidez de su partida.

En cuanto al señor Vincey, puedo asegurar que no mostraba aversión alguna al sexo femenino en ese momento. Recuerdo que, riendo, le comenté a mi hermano que Vincey no era precisamente el tipo de hombre que uno presentaría sin reparos a la joven con quien planea casarse, pues era muy probable que ese conocimiento terminara en una transferencia de afectos.

La verdad es que era demasiado atractivo, y lo que es más, carecía de esa presunción que suele caracterizar a los hombres bien parecidos, y que, con justa razón, les gana la antipatía de los demás. Aquella misma noche me despedí de mi hermano, y pasó mucho tiempo sin que volviera a saber nada de Caronte ni del dios griego. Lo cierto es que desde ese día hasta hoy no los he vuelto a ver, y probablemente no los veré nunca más. Sin embargo, hace aproximadamente un mes recibí una carta y dos paquetes, uno de los cuales contenía un manuscrito. Al abrir la carta, vi que estaba firmada por Horace Holly, un nombre que, en un principio, no reconocí. La carta decía lo siguiente:

Universidad de Cambridge,
Colegio de ***, 1 de mayo de 18...

Muy señor mío:

Le sorprenderá a usted, atendido lo cortas que han sido nuestras relaciones, que yo le escriba esta carta. La verdad es que me parece conveniente empezar por recordarle que hará hoy unos cinco años que nos conocimos, cuando le fuimos presentados a usted mi curado el señor Leo Vincey y yo por su señor hermano en una calle de Cambridge. Mas paso al asunto que me hace escribirle y le prometo que será breve.

He leído con mucho interés el libro que acaba usted de publicar sobre un viaje al África Central. Supongo que esta

obra será veraz en alguna parte, y en otra un esfuerzo de la imaginación. Sea lo que fuere, me ha hecho concebir una idea.

El caso es que —y el cómo de ello lo sabrá usted por el manuscrito que le acompaño, el portador le entregará con el escarabajo auténtico y el tiesto original—, mi curado, o más bien mi hijo adoptivo y yo, acabamos de pasar por unas verdaderas aventuras en el África Central, de mucho más maravilloso carácter que las descritas en su libro, y tanto, que casi estoy corrido de someterlas a su consideración, por temor de que usted no me crea. Ya las encontrará usted contenidas en ese manuscrito que yo, o mejor dicho, nosotros habíamos determinado que no se publicara durante nuestras vidas. Habríase realizado esto así si no fuera por una circunstancia que ha surgido recientemente. Nosotros dos, por las razones que podrá juzgar después de leer el manuscrito, nos vamos a marchar de nuevo, al Asia Central esta vez, que es donde debe encontrarse la sabiduría caso de encontrarse sobre la Tierra, y calculamos que nuestra ausencia será muy larga, quizá no volvamos.

Y en esa alternativa nos hemos preguntado si estaremos autorizados para ocultarle al mundo la noticia de un fenómeno singularísimo meramente porque en él está interesada nuestra personal existencia o por temor al ridículo, y la duda que nuestras afirmaciones inspiren. Yo tengo una opinión sobre el asunto y Leo tiene otra y, finalmente, tras largas discusiones hemos venido a parar en este compromiso, a saber: remitirle a usted la historia dándole amplia facultad para publicarla si lo cree conveniente, con la única condición de que desfigure nuestros verdaderos nombres y cuanto se refiere a nuestra identidad personal en lo que sea posible sin perjudicar la buena fe substancial de nuestra narración.

¿Qué más le diré? No sé, en verdad. A no ser que le repita que cuanto se describe en el manuscrito citado pasó tal cual en él se refiere. En cuanto a Ella, nada puedo añadir. Lamentamos más cada día el no habernos aprovechado mejor de las oportunidades que tuvimos para enterarnos de quién fuese mujer tan maravillosa. ¿Quién era ella? ¿Cómo llegó por primera vez a las cavernas de Kor, y cuál era su verdadera religión? Nunca pudimos cerciorarnos de ello, y ya no habremos, ¡ay!, de saberlo... Al menos no ha llegado aún el tiempo de que lo sepamos. Estos y otros problemas surgen en mi mente, mas ¿de qué serviría el plantearlos ahora? ¿Se encargará usted de la tarea que le encomendamos? Le damos la más completa libertad para ello, y en recompensa obtendrá usted, sin duda, el crédito de haberle dado al mundo la historia más peregrina que se conoce. Lea el manuscrito, que he copiado con letra clarísima en su obsequio, y contésteme.

Quedo afmo. de usted.

L. Horace Holly

P. D.: Por supuesto que las ganancias que resulten de la venta de la obra quedarán a favor de usted, para que de ellas disponga como le parezca, y en el caso de que el negocio no arroja sino pérdidas, ya están enterados los señores Geoffrey y Jordán, mis apoderados, de que deben saldarlas. Confiamos el escarabajo, el tiesto y el pergamino a la custodia de usted hasta el día en que le roguemos la devolución del depósito. —Vale

Esta carta, como es natural pensar, me sorprendió sobremanera cuando la recibí; pero, cuando pude librarme de otros urgentes trabajos, y al cabo de unos quince días examiné el manuscrito, mi asombro creció en gran medida, como espero les pasará a los lectores. Desde luego, resolví no dejar de lado el asunto. Escribí con ese objeto al señor Holly, pero, como a la semana

recibí otra carta de los apoderados de ese caballero, en la que me devolvían la mía, informándome de que su cliente y el señor Leo Vincey habían ya salido del país en dirección al Tíbet y que, por el momento, no sabían su dirección.

Y ya no tengo más que decir por mi parte. De la historia que sigue juzgará el lector por sí mismo. Se la ofrezco con poquísimas alteraciones del texto que recibí, hechas únicamente con el objeto de ocultar al público la identidad de los protagonistas. He tenido muy buen cuidado de suprimir los comentarios.

Al principio, me inclinaba a pensar que esta historia de una mujer embozada en la majestad de sus casi interminables años, sobre la cual caía la eternidad misma como si fuese la sombra del ala oscura de la noche, era una gigantesca alegoría cuya significación no podía comprender.

Me figuré después que sería una audaz tentativa para pintar los resultados posibles de la inmortalidad infundida en la sustancia de un mortal, que continúa nutriéndose de la Tierra y en cuyo humano pecho siguieran las pasiones surgiendo y abatiéndose, siempre palpitando, como en el imperecedero mundo que la rodeaba alzan, decrecen y palpitan los vientos y las marcas incesantemente. Mas, conforme iba leyendo, abandoné también esta idea. Paréceme que está impreso evidentemente en el relato el sello de la veracidad. Quede su explicación para otros, y con este ligero prólogo, que hacían indispensable las circunstancias, presento al mundo a Ayesha y las cavernas de Kor.

El editor

P. D.: Debo también considerar otro punto que me ha impresionado mucho después de un repaso de esta historia y quiero llamar sobre él la atención del lector. Se observará que nada existe en el carácter de Leo Vincey, por los datos que sobre él se nos ofrecen, que haya podido atraer hacia él, según la opinión de la mayoría, una inteligencia tan superior como la de

Ayesha. Ahora, a mis ojos al menos, ni siquiera es particularmente interesante: más natural parecería que el señor Holly se le hubiera adelantado en su favor... ¿Será que, como los extremos se tocan, el mismo exceso y esplendor de su inteligencia la condujo, merced a alguna peregrina reacción física, a adorar ante el altar de la materia?

¿No fue aquel antiguo Calícrates más que un hermoso animal, adorado por su belleza helena? ¿O será la explicación, según yo creo, esta otra? A saber: que Ayesha, capaz de ver más allá que nosotros, percibió oculto en el alma de su amado el germen de la vacilante chispa de la grandeza, y sabía bien que bajo la influencia del don vital que ella podía darle, que ella regaría con su ciencia y calentaría con el resplandor de su presencia, podría abrirse el germen como una flor y tornarse la chispa en astro, para llenar al mundo de fragancias y claridades. Tampoco a esto soy capaz de contestar, y debo dejar que el lector forme su propio juicio sobre las cosas que se le presentan.

Recibo una visita

Algunos acontecimientos se graban en la memoria con sus más mínimos detalles y circunstancias, de tal modo que no podemos olvidarlos jamás, por más que intentemos. Esto es lo que me pasó con la escena que voy a referir, y que ante mi mente surge ahora con tanta claridad como si ayer mismo se hubiera verificado.

Hace unos veinte años, en este mismo mes precisamente, yo, Ludovico Horace Holly, me encontraba sentado en mis habitaciones en Cambridge, batallando con ciertos problemas de matemáticas, de los cuales no me acuerdo cuáles. Iba a presentarme al cabo de una semana a hacer mis oposiciones para un internado, y tanto mi encargado como mi colegio tenían grandes esperanzas de que yo me distinguiera. Cansado, al fin, del trabajo, tiré el libro, me levanté, fui a la chimenea, tomé una pipa de encima de ella y la llené. Sobre la repisa había una vela encendida y detrás un espejo largo y estrecho que reflejaba mi fisonomía mientras prendía la pipa, y al mirarme a mí mismo me quedé pensativo. El fósforo ardió hasta quemarme los dedos; pero lo arrojé y seguí mirándome y reflexionando; al fin, exclamé en alta voz:

—Bueno... Comprendo que mis amigos esperen que haga yo algo con el interior de mi cabeza porque con el exterior, de seguro que no haré nada jamás...

Esta exclamación parecerá sin duda rara a cualquiera que la lea, pero hay que saber que yo aludía con ella a mis deficiencias físicas. La mayoría de los hombres a los veintidós años de edad se ven más o menos favorecidos por las gracias de la juventud; mas esto a mí me fue negado. Pequeño, con una estructura mal puesta, casi deformadas las costillas, los brazos larguísimos y musculosos, duras las facciones, los ojos pardos hundidos bajo una frente estrecha casi tapada por el pelo negro y recio de mi cabeza que parecía un estropajo, una frente que era como trocha abandonada que el monte va cubriendo de nuevo; tal era mi aspecto hace un cuarto de siglo, y tal es hoy día con muy poca diferencia. Como Caín, me sentía marcado por la naturaleza con el marchamo de una fealdad anormal, mas dotado también por ella de una singular fuerza del cuerpo y grandes potencias intelectuales. Tan feo era yo, que los jóvenes elegantes de mi colegio en la universidad, aunque citaban con orgullo mis hazañas de fuerza y resistencia corporal, ponían ciertos reparos en salir conmigo por las calles. Natural era, pues, que fuese algo misántropo, y hasta huraño; que viviera y trabajara solo, y que no tuviera amigos íntimos, excepto quizá uno. La naturaleza me había construido aparte para que viviera aislado y no tuviera más consuelo que los que su propio seno materno me ofrecía. Las mujeres se horrorizaban de verme. Hacía una semana que una muchacha me había llamado monstruo y añadió que mi aspecto la había convertido a la teoría darwiniana. Verdad es que en cierta ocasión una mujer me demostró algún interés, y que yo derroché en honor suyo todo el afecto que por largo tiempo había estado ahorrando; pero una cantidad de dinero, que debía haber venido a mis manos, fue a parar a otra parte, y ella entonces me abandonó. Rugué y supliqué que no

me dejara como no le he rogado a ninguna otra persona viva en el mundo, porque estaba enamorado de su linda cara, porque la amaba de veras; mas ella se levantó de súbito y, tomándome de la mano, me llevó frente a un espejo y señalando a las dos imágenes me dijo: «Responde, amigo mío: ¿te parece que con una cara como la tuya pueda quererte de balde quien tiene una como yo?».

La maldije y hui. Entonces tenía yo veinte años nada más... Y, parado ahora de nuevo ante el espejo de mi chimenea, me contemplaba y sentía una especie de amarga satisfacción en encontrarme tan solitario, sin padre, madre ni hermanos, cuando, de súbito, oí que llamaban a mi puerta.

Antes de abrirla me detuve un rato. Era cerca ya de la medianoche y no me encontraba dispuesto a recibir a nadie tan tarde. No tenía más que un amigo en toda la universidad, quizá en todo el mundo. ¿Sería él quien llamaba...? Tosió entonces la persona que fuera esperaba, y corrí a abrir porque reconocí la tos.

Un hombre como de treinta años de edad, que parecía haber sido muy hermoso, entró precipitadamente, aunque con el andar vacilante por el peso de un arca de hierro que traía sujeta por una agarradera con la mano derecha. Al colocar el arca sobre la mesa, se vio acometido por un violento acceso de tos. Tosió y tosió hasta que el rostro se le puso purpúreo y se echó luego en un sillón y escupió sangre. Puse un poco de whisky en un vaso y se lo di a beber, con lo que se sintió mejor, mas daba gran pena verlo.

—¿Por qué me has tenido aguardando ahí fuera al frío tanto tiempo? —me dijo—. Bien sabes que las corrientes de aire me matan.

—No sabía quién llamaba —contesté—, eres un visitador rezagado.

—Cierto que sí; mas en verdad te digo que ésta será mi última visita —me dijo, tratando de sonreír—. ¡Ya estoy roto, Holly, roto del todo! Parece que no veré el día de mañana.

—¡Déjate de tonterías! —exclamé—. Aguarda un poco, que voy por el médico.

Me detuvo con un gesto imperioso y agregó:

—Tu consejo es prudente, pero no quiero médicos. He estudiado medicina y sé bien lo que me pasa. Los médicos no pueden salvarme: ya ha llegado mi hora. Hace un año que estoy viviendo de milagro...

»Escúchame ahora como no has escuchado a nadie antes, porque no podrás hacer que te repita mis palabras... Durante dos años hemos sido buenos amigos... Holly, vamos a ver... ¿qué sabes tú de mí?

—Sé que eres rico, que has tenido el capricho de venir a la universidad mucho después de haber cumplido la edad en que la mayoría la deja. Sé también que has estado casado y que murió tu esposa. Y, finalmente, que eres el mejor, el único amigo quizá que tengo...

—¿Sabías tú que tengo un hijo?

—No.

—Pues ahora lo sabes. Tiene cinco años. Me costó la vida de su madre, y por eso no he podido todavía mirarlo bien... Holly, si quieres aceptar el cargo, te dejaré como único tutor del niño.

Di un gran salto en la silla y exclamé:

—¿A mí?

—A ti, sí; no te he estudiado en vano durante dos años. Hace tiempo que yo sabía que concluiría pronto, y desde que me convencí de ello, he estado buscando a alguien a quien confiar al niño, y esa otra cosa —agregó, dando un golpe con la mano en el arca de hierro—. Por fin me he fijado en ti, Holly, porque, como los árboles rugosos, tienes fuerte el corazón. Es-

cucha: el niño es el vástago de una de las familias más antiguas de la Tierra, en todo cuanto la antigüedad de una stirpe puede asegurarse. Te reirás ahora quizá al oírme, pero algún día tendrás la prueba de que el fundador de mi raza, mi septuagésimo quinto o septuagésimo sexto antepasado, fue un sacerdote egipcio de Isis, aunque oriundo de Grecia, que se llamaba Calícrates, o sea, el Hermoso y Fuerte, o para ser más exacto aún, el Hermoso en su Fuerza. Su padre fue, según creo, uno de los mercenarios griegos empleados por Hakor, príncipe mendesiano de la XXIX Dinastía. Por el año 389 antes de Cristo, precisamente cuando se realizó la decisiva caída de los faraones, este Calícrates quebrantó sus votos de celibato y huyó de Egipto en compañía de una princesa de real stirpe que se había enamorado de él, y sufrió un naufragio en la costa de África, por la zona, según creo, donde queda hoy la bahía de Delagoa o quizá más al norte. Él se salvó con su mujer, aunque todos los demás perecieron de un modo u otro. Allí en tierra sufrieron grandes penalidades, pero al fin fueron recibidos por la poderosa soberana de un pueblo salvaje, que era una mujer blanca de singularísima belleza y que, en circunstancias que no puedo precisar ahora, pero que conocerás algún día si es que vives, acabó por asesinar a mi antepasado Calícrates. Pudo escapar, sin embargo, su mujer y llegó no sé cómo a Atenas, donde dio a luz un hijo póstumo de su marido, al que puso por nombre Tisisthenes, que quiere decir el Poderoso Vengador.

»Quinientos años o más después de esto, la familia emigró a Roma en circunstancias que ignoro, porque no quedan rastros, y aquí, probablemente con la idea de conservar el espíritu de venganza que empezó a infundirse a la prole desde Tisisthenes, asumió regularmente el apodo de Vindex, o sea, el Vengador. En Roma vivió la familia durante otros quinientos años, hasta el 770 después de Cristo, cuando Carlomagno invadió la Lombardía, donde estaba establecida, y parece que el jefe de

ella se agregó al séquito del gran emperador y, pasando los Alpes en su retirada, se estableció finalmente en Bretaña. Seis generaciones después, su descendiente directo pasó a Inglaterra en el reinado de Eduardo el Confesor, y alcanzó en tiempos de Guillermo el Conquistador grandes honores y preeminencias.

»Desde este tiempo hasta la fecha puedo trazar mi descendencia con absoluta seguridad. Los Vincey, que así se corrompió el nombre latino de la familia al establecerse en Inglaterra, no se han distinguido históricamente; nunca se preocuparon de ello. Algunos fueron soldados, otros comerciantes, pero siempre conservaron la mayor respetabilidad en su medianía. Desde el tiempo de Carlos II hasta principios del siglo actual, fueron comerciantes. Allá por el año de 1790, mi abuelo hizo una gran fortuna fabricando cerveza y se retiró de los negocios; murió en 1821 y mi padre le sucedió, disipando casi toda su herencia hasta hace diez años que murió, dejándome una entrada libre como de dos mil libras al año.

»Entonces fue cuando emprendí una expedición relacionada con eso —y señaló la caja—, que terminó desastrosamente. Al volver, viajando por el mediodía de Europa, llegué a Atenas, donde conocí a mi adorada esposa, hermosísima mujer. Me casé allí, y ella murió al año.

Paró un momento de hablar, descansando la frente sobre la mano, y luego continuó:

—Mi matrimonio me había distraído de un proyecto que no puedo explicarte ahora. No tengo tiempo para tanto, ¡Ay, Holly! No tengo tiempo... Si aceptas mi encargo, lo sabrás todo algún día. Cuando murió mi esposa, volví a ocuparme de él. Mas, primero, era preciso —así lo creí al menos— que aprendiese perfectamente los dialectos de la lengua árabe. Por eso vine aquí, a facilitar mis estudios. Muy en breve, sin embargo, se desarrolló mi enfermedad, esta misma que acaba conmigo.

Y como para darle mayor fuerza a sus palabras, fue acometido de otro terrible ataque de tos. Le di un poco más de whiskey y prosiguió de este modo:

—No he vuelto a ver a mi hijo Leo desde que era un tierno niño. Nunca tuve fuerzas para mirarlo bien, pero siempre me han dicho que es un niño muy vivo y lindo. En este sobre —y sacó del bolsillo una carta en cuyo sobrescrito estaba mi nombre—, he anotado la dirección que deseo se dé a la educación de mi hijo. Es algo peculiar, quizá. Por esto no podría, tal vez, confiársela a un extraño... Y por última vez, Holly, ¿quieres encargarte de ella?

—Antes debo saber de qué he de encargarme —contesté.

—Has de encargarte de cuidar al niño Leo, de tenerlo a tu lado hasta que cumpla los veinticinco años. Entonces concluirá tu tutela y con estas llaves que te doy ahora —y las colocó sobre la mesa— abrirás esa arca de hierro y le harás ver y leer los contenidos, y que luego diga si quiere o no llevar a cabo la investigación que le confío. No es que yo le imponga ninguna obligación. He aquí ahora las condiciones. Mi renta actual es de dos mil doscientas libras al año. La mitad de esa renta te la aseguro en mi testamento como usufructo vitalicio si te encargas de la tutela y cuidado; es decir, una remuneración de mil libras al año, porque tendrás que dedicar a ello tu vida y cien libras para la manutención del niño. Lo demás quedará acumulándose hasta que Leo cumpla los veinticinco años, para que pueda entonces disponer de una cantidad suficiente en caso de emprender las investigaciones a las que me he referido.

—¿Y suponiendo que yo muriese? —pregunté.

—Entonces, el niño caerá bajo la tutela de la Cancillería y será de él lo que Dios quiera. Ten únicamente cuidado de que en tu testamento pase a él el arca de hierro. ¡Pero, Holly, no te niegues! Créeme, tu interés está en ello... Tú no sirves para mezclarte en el mundo, que no haría más que amargarte la

existencia. Dentro de algunas semanas serás profesor de tu colegio, y la renta que por ello obtendrás unida a lo que yo te dejo te permitirá llevar una vida cómoda dedicada al estudio y alternada con los deportes viriles a los que eres tan aficionado... ¿Ves como te conviene?

Detúvose mirándome con ansiedad. Yo vacilaba aún. Me parecía tan raro el compromiso...

—¡Hazlo por mí, Holly...! Hemos sido buenos amigos, y ya no tengo tiempo para arreglar las cosas de otro modo.

—Pues bien —dije—, haré lo que desees, cosa tal que en este papel no haya nada que me obligue a cambiar de determinación. —Y puse la mano sobre la carta que había dejado en la mesa junto a las llaves.

—¡Gracias, Holly, gracias! Nada hay en el papel que te pueda hacer variar de opinión. Júrame por Dios que serás un padre para el niño y que cumplirás fielmente mis encargos.

—¡Lo juro! —contesté solemnemente.

—¡Bien está! Recuerda que quizá algún día te pediré cuenta de tus juramentos, porque aunque yo muera y sea olvidado, seguiré existiendo. La muerte, ¡ay, Holly!, no hay tal cosa. No se verifica en nosotros por ella más que un cambio, como lo verás algún día probablemente... Y aun creo que ese cambio pudiera posponerse indefinidamente en ciertas condiciones. —Se vio atacado de nuevo por uno de sus accesos de tos. Cuando se le hubo pasado, agregó:

—Debo marcharme ya. Tienes en tu poder el arca y entre mis papeles se encontrará mi testamento, en cuya virtud te entregarán al niño. La remuneración es buena, Holly, y yo sé que eres hombre honrado... Mas, por el cielo, si faltas a tu palabra, yo te pediré cuenta de ello.

No contesté nada; me sentía demasiado confuso para ello. Se levantó, tomó el candelero y se miró el rostro en el espejo.

Su semblante, que antes había sido sin duda hermoso, estaba ahora profundamente demacrado por la enfermedad.

—¡Pasto para los gusanos! —exclamó—. Es curioso pensar que dentro de algunas horas yaceré rígido y helado..., rendida mi jornada y mi pequeño drama concluido... ¡Ay de mí, Holly! La vida humana no vale la pena si no se ama. Al menos, esa es mi experiencia. ¡Pero la vida de mi hijo valdrá más que la mía si es que él tiene fe! ¡Adiós, amigo mío!

Y en un súbito arrebató de ternura me abrazó y besó en la frente, y se dispuso a salir.

—Atiende, Vincey —le dije—, si te sientes mal deberías dejar que vaya a buscar al médico.

—¡No, no! —replicó con energía—. Prométeme que no irás por él... Voy a morir, y quiero que sea solitariamente; como una rata envenenada, Holly.

—No pasará nada de eso, amigo mío.

Sonrió y se marchó murmurando:

—¡Recuerda, recuerda!

Al verme al fin solo, me dejé caer en un sillón, preguntándome si había soñado. Esta suposición, desde luego, era impertinente, y la abandoné para pensar si el pobre Vincey habría estado bebiendo aquella tarde. Sabía que estaba bastante enfermo hacía tiempo, pero me resultaba imposible creer que tuviera tan clara noción de que esa misma noche moriría. Si su muerte estuviera tan próxima, no habría podido caminar, y menos cargando un arca de hierro tan pesada. Reflexionando más aún, concluí que toda su historia era absolutamente increíble.

Por entonces no había vivido lo suficiente como para saber, como luego aprendí, que en este mundo suceden muchas cosas que, de entrada, son rechazadas como inverosímiles por el sentido común de los hombres adocenados. Esta convicción la adquiriré mucho después. En aquel momento, yo pensaba así: ¿es probable que un hombre tenga un hijo de cinco años al que

sólo haya visto una vez cuando nació? No. ¿Es probable que pueda trazar su genealogía hasta tres siglos antes de Jesucristo, y que, de repente, confíe la tutoría y cuidado de su hijo, junto con la mitad de su fortuna, a un camarada de universidad? De seguro que no. ¿Es probable, además, que alguien pueda predecir con tanta certeza el momento de su propia muerte? Tampoco. Vincey, estaba claro, o había bebido, o se había vuelto loco...

Pero después de todo, ¿qué pensar? ¿Qué estaría guardado en aquella misteriosa arca de hierro?

Me sentía confuso y desorientado. Al fin, no pude aguantar más y decidí dejarlo todo para el día siguiente. Tomé las llaves y la carta que Vincey había dejado sobre la mesa y lo guardé todo en mi escritorio portátil; el arca la metí en mi valija de viaje, y yo me deslicé entre las sábanas, quedándome dormido de inmediato.

Cuando me despertaron, me pareció que no había estado durmiendo más que unos cuantos minutos. Me incorporé en la cama y me restregué los ojos; ya era pleno día, las ocho de la mañana, por cierto.

—Y bien, John, ¿qué se le ofrece —pregúntele al sirviente que nos servía a Vincey y a mí—. Tiene usted la cara de quién ha visto un muerto.

—¡Pues sí, señor, lo he visto! —respondió el muchacho—. He ido como de costumbre a llamar al señor Vincey y allí estaba él en su cama, todo tieso y muerto...